

material de bien estudiadas transiciones, en donde el humor sucede siempre a la exposición doctrinal o a la reflexión trágica.

En un momento dado, Formosa dicta uno de los poemas al público; luego elige a uno de los espectadores para que lea lo escrito. La participación adquiere una concreción cordial y solidaria, bien distinta de tantas parti-



AULA-BRECHT

cipaciones compulsivas. Se forma "parte" del espectáculo por la consecuente razón de que formamos, inevitablemente, parte de sus temas. ■ JOSE MONTELEON.

Sala Cadarso Dario Fo

Tras "De la buena crianza del gusano", espectáculo que el grupo El Espolón del Gallo ha ofrecido en numerosas ciudades —hasta alcanzar un total de 400 representaciones—, se han presentado ahora en la Cadarso con "Muerte accidental de un anarquista y otros subversivos", de Dario Fo. Que yo sepa, es el primer texto que se representa entre nosotros de quien es hoy una brillantísima personalidad del teatro italiano. Y digo personalidad, sin añadir ninguna especialización, porque Fo no sólo es actor, autor y director, sino que todo ello se articula en función de una poética que atiende por igual a estas tres raíces. ¿Sería, por ejemplo, imaginable una obra como "Muerte accidental..." si el autor no fuese además actor? Yo creo que no. Porque la obra, aun teniendo una incuestionable sustantividad dramática, está, sin duda, imaginada desde la "actuación", desde

una "histriomanía" —según se define y nombra irónicamente esa forma de locura en la misma obra—, que si, en lo concreto, es la enfermedad de uno de los personajes de la historia, poéticamente tiene mucho de sueño de un actor. ¿Quién no ha imaginado, cuando ha sufrido algún tipo de atropello, que desarmaba y sorprendería al adversario enseñándole algún fantástico carnet? ¡Qué maravilla! Poder soltar un "¿Sabe usted con quién está hablando?" y ver cómo, tras la milagrosa revelación, el otro pedía perdón y sonreía amablemente. Este sueño, tan natural, a fin de cuentas, vive secretamente en el corazón de la inmensa mayoría de los hombres. Pero sólo un actor parece que tiene derecho a explicitarlo, entre otras cosas porque su oficio consiste precisamente en ser distintos personajes, en vivir sobre la escena lo que no pasa de inactuados sueños para el común de las gentes. ¿Qué ocurriría si en una comisaría de Policía, donde se han cometido incontables violencias —incluida la de impulsar a un detenido inocente a arrojarse por la ventana—, pudiéramos entrar como jueces? ¿Cuál sería el comportamiento de los poco antes autoritarios policías? ¿Qué pasaría si pudiéramos estar en esa misma comisaría, tomados por un importante oficial, cuando llega una periodista dispuesta a averiguar lo que ha sucedido? ¿Y si de pronto nos convirtiéramos en un obispo? ¿Qué mundo resultaría de esta extraña suplantación de personajes, de esa momentánea autoridad del hablante? ¿Qué verdades se descubrirían, qué temblores aparece-

rían en los que viven de hacer temblar diariamente a los otros, qué papeles verían la luz, qué nueva historia sería contada?

Ese es el sueño revolucionario de Dario Fo y a él ha dedicado la comedia. Lo que resulta es, por ello, realidad y sueño a un tiempo. Realidad, como la situación previa, como conjunto de personas y comportamientos que provocan la muerte de un anarquista inocente. Sueño, porque, aun cuando Dario Fo intenta justificar la anécdota —imaginando que el "histriomano" es un personaje más—, toda ella se apoya en un juego inverosímil, en una posibilidad fantástica. La coexistencia de ambos planos poéticos, la denuncia de una realidad precisa a través de un supuesto increíble, es lo que genera la resultante singular de un realismo fantástico, de una denuncia amarga llena de ángel, de humor y de histrionismo.

El trabajo de El Espolón del Gallo —la traducción es de Carla Mettelini y la coordinación de Jesús Sastre— es sólido, compacto. Los elementos cómicos se subrayan lo necesario para que prevalezca la línea de tragicomedia que el autor incluye entre sus propuestas. El trabajo de Rafael Martín, Piero Falla, José Manuel Mora, Miguel Zúñiga y Mercedes Sanchiz es, en conjunto, muy aceptable, dentro de personajes —salvo el de Rafael Martín, el "histrión" y transformista— un tanto arquetípicos, manejados con trazas de esperpento.

Acaso la poética de la puesta en escena sea, con respecto al original, poco "histriónica", más ganada por la caricatura crítica

que por ese juego de la "verdad inverosímil", de la fantasía reveladora, de la magia impertinente, que, a mi modo de ver, existen en la ambición de Fo, autor, actor y director. Nuestras tradiciones —el esperpento, lo grotesco, el sainete...— son distintas de las que andan detrás de la pieza de Fo, más irónicas, más inspiradas por esa línea de convención y de juego que arranca de la Comedia del arte. Al buen trabajo de El Espolón del Gallo le falta quizá un poco de ligereza y de magia; cosas que tal vez eran compatibles con su muy plausible interés en proyectar los elementos críticos de la obra. ■ J. M.

ARTE

A mí lo que más me gusta de los gallegos —y de las gallegas, claro— es que continúan siendo gallegos a pesar de todo y por encima de todo. Su biografía y sus conocimientos no los modifican sustancialmente el dato cierto de su nacimiento en tal lugar. He ido a ver la exposición de la gallega María Antonia Dans, que no sé si estará abierta aún cuando salgan estas líneas, pero que sin duda es la exposición de una gallega y sus cuadros continuarán siendo gallegos cuando salgan estas líneas. Al ir a Biosca para ver la nueva obra de María Antonia, esa es la primera impresión que salta a la vista: ¡Pero esta mujer se ha transformado! Sí: se ha transformado por acentuación de su galleguidad originaria. ¿Pero es que hay "una pintura gallega"? Sí, yo creo que sí. Lo que hacía el pobre Grandío, en cuya memoria se hace hoy una exposición homenaje en "Faunas", era pintura gallega. Lo que hace Mercedes Ruibal... Y, por supuesto, la pintura de María Antonia Dans. Pero vedmosla.

María Antonia Dans

Galería Biosca. Madrid

La galleguidad de un arte, de una pintura, no se alcanza como consecuencia de una deliberación ni de un sistematismo. Ocurre que a determinados artistas le nacen cuadros "gallegos"



"Muerte accidental de un anarquista y otros subversivos", de Dario Fo.